



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 4 Junio 1926

Núm. 651

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo camino del Sábado).

MODESTIA CRISTIANA

Es vergonzoso, pero es el hecho. El Santo Padre ha clamado repetidas veces contra el desenfreno de la moda, y ha sido en vano. Las excitaciones de los predicadores y las amonestaciones de los confesores de nada han servido. Y esto indica cuánto ha decrecido la fe. Y cuánta insensibilidad hay en muchas conciencias cristianas. Y cuán escaso es el sentimiento del pudor en el mundo actual. Los padres transigen. Los esposos transigen. Transigen los mismos prometidos. Y con tantas transigencias, las hijas, las esposas, las prometidas, si-

guen en el desenfreno de la indecencia.

La inmodestia tiene hoy un culto horripilante.

Y aún es más horripilante por el cinismo con que se muestra.

Da una pena horrible ver la inmodestia de los trajes: no están hechos para cubrir las carnes pudorosamente, parecen fabricados para ponerla al descubierto.

Pero aún da más pena ver la desenvoltura y el desenfado con que esos trajes se llevan.

Ni aun el temor de verse confundidas con mujeres de otro plano las cohibe, ni las hace entrar en razón.

No sienten el estímulo del propio decoro.

Ni siquiera sienten la vergüenza de ser mal enjuiciadas.

Es difícil entender cómo ha podido llegarse a estos endurecimientos de epidermis moral.

Aun más difícil entender cómo se desprecian las recriminaciones y anatemas del Vicario de Cristo.

Porque fuerza es confesarlo: aun muchas que hacen protestas de religiosidad y de piedad rinden culto a esos desenfrenos abominables: sin tener en cuenta que la modestia no es virtud de límites imprecisos, ni con derechos discutibles:

sin tener en cuenta que es bueno lo que la Iglesia aplaude y malo lo que la Iglesia abomina:

que hay escándalo cuando se da ocasión a la ruina espiritual del prójimo y que ¡ay de aquel por quien el escándalo viene!

que Dios no se da por satisfecho con una vela que le alumbré, antes se ofende más si con la otra se alumbra al Diablo:

que el culto a la carne significa rebajamiento y degradación del espíritu.

A tales extremos ha llegado el mal y tal extensión ha adquirido, que los Metropolitanos reunidos en Madrid han creído su deber más urgente en las circunstancias actuales llamar la atención de toda España sobre este punto, y dictar reglas para su remedio.

La prensa ha publicado la carta colectiva que acaban de dirigir a todos los fieles, oponiendo su más rotunda condenación de semejantes extravíos.

¡Y con qué pena la habemos leído! Pena por las mujeres de nuestra patria.

La mujer española se ha señalado siempre en el mundo por la firmeza de su fe, por su docilidad a los requerimientos de la Iglesia, por la austeridad de sus costumbres y por los encantos insuperables de su pudoroso recato.

Hoy... ha dado ocasión, como la dieron las de otros países, para que los Metropolitanos se reúnan y hablen condenándola duramente.

¡Quién lo hubiera sospechado hace muy pocos años!

No ha sabido resistir a la corriente que de fuera nos vino, y se ha sumado al universal escándalo.

Esperamos que el llamamiento de los Metropolitanos a la cordura y al buen sentido no será desoído.

Y que las medidas prácticas que cada Obispo pueda tomar en su Diócesis, aceptadas por todas y por todos, servirán de dique a tan lamentables desbordamientos de mal.

No se pierda, sin embargo, de vista, como los Metropolitanos dicen en su carta, que es empresa a realizar por todos.

Los padres y los esposos en sus casas.

Las maestras en sus escuelas y en sus colegios.

La prensa con sus diatribas y sus condenaciones.

Los sacerdotes con sus instrucciones.

Las mujeres piadosas con su ejemplo y su apostolado.

Es preciso acabar con esta vergüenza de la desvergüenza.

Porque Dios lo quiere.

Porque nuestra fe lo reclama.

Porque lo exige el decoro de la mujer española.

Porque lo urge la Iglesia por boca del Papa y de los Obispos.

M. DE STA. CATALINA.

YA SOY INCRÉDULO, GRACIAS A DIOS

Fui un día, Dios mío y Señor mío,
Fervoroso creyente;
Yo creía en la gente
Con fe ciega, con impetu bravío.
No creía que hubiera en este mundo
De tan rudo y continuo batallar
Un ser tan ruin, tan malo y tan inmundo
Que pudiera engañar.
En el Género Humano
No había enrucijadas,
Ni rocas escarpadas,
Ni laches, ni escondrijos, todo llano
Lo mismo que la palma de la mano.
Bien lo pagué después, cuando vi un día
Que en el mundo sólo hay hipocresía
Que se tapa y se oculta hasta en el templo
Como se oculta el cáncer, por ejemplo.
Ya me lo he confesado, Jesús mío.
No lo volveré a hacer, yo te lo fío.
Soy incrédulo ya, gracias a Dios,
Y ya no creo en nada en este mundo,
Ya sólo creo en Vos.
Déjame, Satanás, atrás inmundo.
Corazón de Jesús, me has conquistado
Con tu mirar tranquilo y sosegado.

Para mí un hombre sabio era un portento
Y le miraba yo... una cosa así
Cual si fuera el Santísimo Sacramento.
¡Oh qué tiempos aquéllos! Ay de mí.
Todos los hombres para mí eran santos
Ojalá fueran, ¡cuántos desencantos
Evitado me hubiera
Y mi vida más santa y dulce fuera!

Todo es mentira, Tú sólo eres verdad;
Sin Ti el amor tan sólo es egoísmo
Y la ciencia sin Ti una tontería
A pesar de su empaque y su cinismo
Que enseña a los mortales
A ser unos perfectos animales;
Que esos hombres altivos y altaneros,
Si no creen en Ti,
No son más que unos grandes majaderos,
No dudéis que es así.
¿Cómo quieres que crea en el perverso
Que no cree en el Dios del Universo?

JULIO ASCANTO.

(Seguirá.)



—Macario, hijo mío, me alegro que hayas venido tan pronto, apenas te he llamado, porque tenemos que hablar hoy mucho.

—Como siempre, señor, y con bien poco provecho.

—Esa es mi pena.

—Y la mía.

—Yo no tengo la culpa de que tú te aproveches tan poco.

—Pues yo menos, y es que las cosas que *usted* dice no m' entran; pruebe *usted* con otras cosas y verá *usted* si m' entran, sin miedo a que me prueben mal. Que una vez, yo solo, me comí cinco kilos de carne, una sartén de migas con tomate y media *ocena* de *güevos* con tres litros de vino y...

—No sigas, Macario, por ese camino.

—No, no hay *cuidao*; ese camino s' ha *sécao* ya por desgracia *pa* mí; esté *usted* tranquilo.

—Bueno, te repito que vamos hoy a hablar mucho de un asunto.

—Ya sé cuál es; no habla la gente de otra cosa.

—Y ¿qué asunto es ese?

—Pues, hombre, si no hay otra cosa en el barrio: de las palizas que le da a la *siñá* Catalina su marido el tío Servando, que le pega *to* los días sin dejar uno. Que el otro día pasaba yo por su puerta y m' hizo entrar *pa* enseñame las moraduras que lleva y me dijo: "Macario, hijo mío, yo te tengo mucha *lay* como si *tuvía* parido. Si tú pudieras hacer que el *señor* Mago llamara a mi marido y le echara una *güena*, *pa* que no diera estos escándalos, que m' ha de pegar *to* los días que el sol sale, no lo *puó* resistir, Macario". Con que yo le dije: "A mal monte va *usted* a hacer *leña*, *siñá* Catalina, porque el *señor* Mago no s' ocupa *deso*. Dígame *usted* *andé* venden las coles más baratas y verá *usted* qué ojo pone; pero, en estas cosas, no se mete.

—Tú me estás desacreditando a mí, Macario.

—Diga *usted* que es mentira.

—Y tanto como es. Pero no es ese, ni mucho menos, el asunto de que debemos hablar largo y tendido.

—*Usted* dirá.

—Vamos a hablar del Corazón de Jesús, que estamos en su mes.

—¿Ya estamos en el mes de *Otubre*?

—No, hombre, no; que estamos en el mes de Junio, mes del Corazón de Jesús.

—Por lo visto, aquí *to* los meses están *alquilaos*.

—Tú vas por el mundo como un basurero y traes a casa toda la basura que encuentras por las calles y de aquello que es verdaderamente importante no te enteras. Si el tío fulano le ha pegado a su mujer; si fulanito de tal es un ido y un venido; si tal y cual han hecho esto o el otro; realmente eres un basurero y traes a casa sólo el barro que hay por el mundo. Eso eres tú, barro y nada más que barro.

—Gracias.

—Y no enredes ni me incomodes, porque hoy, por mucho que hagas no hemos de hablar de otra cosa que del Corazón de Jesús.

—*Güen* provecho que l' haga a *usted*. No *conozgo* a ese santo; *sentilo* nombrar, mucho; pero *qué icise* que no *hi leído* su vida, ni ganas que *tié* uno de saber vidas ajenas; *masiau* sabé uno; tanto que no supiera. Porque crea *usted* que, a las veces, hasta con los santos se lleva uno chasco. Hay ocasiones en que uno los *nese-cita* de veras; va uno a *pediles* y te *güelven* la espalda, u te dan con la puerta en las narices, *ques lo mesmo*.

—Porque les pedirás cosas que no te convienen.

—Que no me convienen, ¿eh? ; Si sabrá el santo lo que a mí me conviene más que un servidor! Pues yo mañana *nese-cito* cuatro duros como el comer; pues ya verá V. como si voy a *pediscles* a San Antonio me dicen que ha salido y que no está en casa. Y es que San Antonio, cuando ve a uno que va a pedir y lleva mala ropa, les dice a los *criaos*: decir que no estoy, *qu' hi salió* y que no *sabís* cuándo *golveré*; y si *güelven* ese *casao*, le decís que m' *hi* muerto. *Ahura*, al Corazón de Jesús no le *conozgo* más que de oídas; *pué* que sea un santo de esos que t' hacen caso, aunque uno sea pobre; *ná* me cuesta el probar. Aunque yo no sería santo, ni Corazón de Jesús, por *na* del mundo. Porque resulta que te vas de este mundo harto de *trebajar* y de aguantar a tanto ganso como hay por aquí, te vas al cielo *pa* descansar una *miaja* y, si *tiés* la desgracia de que allá te hacen santo, te has hundido *pa to* la *eternidá*, porque tendrás que *trebajar* mucho más que aquí. Que a una caballería se l' ha roto una pata, pues a San Macario:

"Oiga V., señor Macario, a ver si l' apaña la pata a mi mula, *usted* que era una *miaja* curandero. Que me faltan dos duros *pa* pagar la *contrébución* y no sé *dónde* sacalos. Que m' *hi apedriao* y no sé *dónde* sacar pan *pa* mis chicos. Y así hoy, y así mañana, y así siempre, de modo que aquello no es vivir. ¿Santo?, primero me hago del *trenvia*. Pues el Corazón de Jesús aún más; porque hoy día la gente ha cogido ese vicio y no sabe más que la casa del Corazón de Jesús y *pa* todo va allí. Le digo a V. que le compadezco al Corazón del Jesús, porque allá estará *pior* que aquí. Primero sería *pica-pedrero* que Corazón de Jesús.

—Oye, pero tú hablas del Corazón de Jesús como si fuera una persona cualquiera.

—Pues sí, *siñor*; una persona es, como si yo me muero y me quien nombrar Corazón de Jesús, u de Santa Rita de Casia; igual.

—Pues no, señor; el Corazón de Jesús es el mismo Jesucristo.

—Y tres kilos y medio de propina.

—Que sí, hombre, que sí. El Corazón de Jesús es el mismo Jesucristo, y haz el favor de callarte, porque, hablando tú, no adelantamos nada.

—Es que, *pa* que lo tenga V. presente, por si acaso pregunta alguno, que no dejarán de venir a preguntar, *dimpués* de muerto: “¿Qué oficio *tié* *paté*, Macario?” Yo les contestaré: “No tengo ningún oficio.” Y, si si-
guen preguntando: “Pues ¿de qué *vive*?” Yo les contestaré: Vivo de mis ahorros, de la *gazusa* que *m’ hi pasao* en este mundo, comiendo coles, mientras *visotros* comiais longaniza y magras. Y *ahura* me voy al cielo a echarme la siesta, a descansar y a no *devar* un palo del suelo, y a comer a pedir de boca. Y no me vengáis con que le vaya a *pidir pa visotros* al Corazón de Jesús, u a Santa Rita, u a San Roque, que *sus* dejen cuatro duros, que *sus* componga la mula, que *sus* curen el cerdo. Vaya, que no estoy *pa recaus*, *qu’ hi venido* al cielo a descansar, a *llevarme güena vida* y a mi no me vengáis con historias, ni con Belenes, que el que tenga nabos que se los cave y el que sea tonto que se *espabile*, que a mi *m’ ha costao* mi *trebajo* el venir al cielo a *dame güena vida*, que bastante *hi sufrido* ahí *ande* estais *visotros*. Que ¿*tenis nesecidá?*, pues, hijo mío, paciencia y *aguantase*; que, cuando yo estaba como *visotros*, nadie *s’ acordaba* de un servidor. Por eso yo, *ahura*, me pongo algodones en los oídos *pa* no oír a tanto ganso que *quié* vivir de lo que tenemos los demás. Esto *s’ ha terminao*.

—Lo que ha terminado ya es tu charla interminable. Ahora soy yo solo el que voy a hablar y, aunque pienso que todo será inútil, pues mil veces te he hablado del Corazón de Jesús y no he sacado ningún provecho, yo seguiré machacando, aunque tú no te aproveches absolutamente nada. Que eso tenéis también los estúpidamente despreocupados, que sois como los espíritus orgullosos que no aprenden nunca, porque viven sin maestro; nadie se atreve a enseñar a los orgullosos. En primer lugar, porque un hombre orgulloso no acepta fácilmente el magisterio de nadie, pues cree que él sabe más que todos y, aun cuando en su interior comprende que sabe menos, su orgullo no le deja confesarlo al exterior y, como hace el rico, nadie se atreve tampoco a darle la limosna de la enseñanza. En segundo lugar, como se irrita por cualquier motivo y más por el motivo de suponerle ignorante, nadie se atreve a tratar con la fiera, y el pobre se queda sin el pan de la doctrina. Pues así sois los despreocupados, y únicamente, yo que te tengo como un hijo, por más que no te lo merezcas, me atrevo a perder el tiempo una vez más. Y como te he hablado ya mil veces de la naturaleza de esta excelentísima devoción, hoy quiero llevar tu atención hacia un hecho que está a

la vista de todos y que todos estamos obligados a agradecer. Porque, hijo mío, no hay cosa más asquerosa que un hombre ingrato que recibe beneficios y se encoge de hombros, como si nada debiera. No todos venimos obligados a tener talento, pero todos tenemos obligación de tener corazón; un hombre sin corazón es un monstruo. Todos los españoles hemos recibido un gran presente del Corazón de Jesús y quiero recordarlo para que España lo sepa, o lo recuerde. Todos sabemos que España marchaba, hace muchos años, cuesta abajo, por un plano inclinado que daba al abismo; ya estábamos en la boca y nos iba a tragar. ¿Es que no había hombres? No, hombres había, y hombres de buenísima voluntad, como ahora, los hombres son siempre lo mismo, poco más o menos. Pero tenían una venda en los ojos, llevaban las manos atadas y grillos en los pies. Afortunadamente, aquella venda cayó de sus ojos y España empezó a ver; se rompieron los grillos que llevaban en los pies y España se puso de pie y echó a andar con el paso y el ritmo de los siglos pasados de su mayor esplendor, y alzó su cabeza, y empezó a hablar y se la escuchó, y se le hizo caso, y las fieras del Africa se fueron amansando, y sus hijos empezaron a recorrer los mares y el mundo se puso de pie para aplaudirles y su aplauso tuvo una resonancia universal. Y la paz se domicilió en nuestra patria y los capitalistas, y los obreros, y todos los hombres de buena voluntad comenzaron a respirar, porque vieron que la tragedia rusa se alejaba de nuestra patria, que empezaba a vivir una vida nueva. Y dijeron los espíritus cuya mirada no pasa de la superficie de las cosas: es que estos son otros hombres. Pero no, no hablemos de eso; los hombres son poco más o menos lo mismo. Buscamos la paz y la prosperidad; dejemos, pues, las acusaciones a un lado; ahoguemos la controversia dura que irrita sin curar, y contentémonos con consignar este hecho que es claro como la luz: que el enfermo está mejor; que entra en el periodo de franca convalecencia y que este bien nos ha venido del cielo. Si no queréis ver así, resignaos, bajad la cabeza y esperad el gran castigo que Dios tiene preparado para los ingratos. ¿Todavía no habéis dado con el hecho que ha provocado esta lluvia de bienes sobre nuestra madre Patria? ¿Si, escribamos ese nombre con letra mayúscula! Siento mucho el teneroslo que decir; hubiera preferido que vuestros sentidos no estuvieran tan dormidos y lo hubiérais adivinado. No era esto difícil; el hecho no sucedió en las catacumbas; sino de día y a la luz del sol.

La primera autoridad de la nación, asqueada de la universal miseria que la rodeaba y, viendo que el reinado de los hombres no remediaba nada, sino que agravaba todos los males, tomó a España de la mano, como se toma a una niña enferma y huérfana de padres y la condujo ante el trono del Señor y dijo: “Señor, desengañado de los hombres que no acaban de discutir, mientras la enferma se muere, la traigo a tus plantas. Venga a nos tu Reino, calle toda lengua y hágase solo tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Ahí la

tienes; yo te la consagro desde este Cerro que, por ser de los Angeles, quiero que también sea de España. Yo me retiro confiado, esperando tu contestación.”

Lo demás, lo estáis viendo. El Mago no hace más que recordároslo, para que no seais ingratos. Los ingratos atraen el rayo de las nubes.

EL MAGO.



ECOS DEL SAGRARIO

Has comulgado; ¡qué dicha!

Y todo Cristo descansa en ti.

¡Si lo pensaras bien!

Es el mismo que, al bendecir el pan, lo multiplicaba.

Y al bendecir a los enfermos, los sanaba.

Y al levantar su mano, calmaba la tempestad.

¡Si lo pensaras bien!

¡Con qué ternura te arrojarías en sus brazos, y con qué amor te consagrarias a El!

Para servirle aunque los demás no le sirvan.

Para seguir con docilidad sus enseñanzas, aunque los demás se hagan sordos a su voz y refractarios a su influencia.

Para amarle con todo tu corazón.

¿No se lo merece El?

¡Almas!... ¡almas!...

He aquí la sed que devora a Cristo: sed de amor.

Aun siendo infinitamente feliz, echa de menos eso, el amor de las almas.

¿Se le ama tan poco!

¿Y quiere que se le ame tanto!

Tú, que me lees, esfuerzate en calmar esas ansias del Corazón de Cristo.

Amale.

Y no de cualquier modo; inmensamente, como El quiere y merece ser amado.

¿Ves lo que somos?

Debilidad, miseria, pecado.

Y siendo eso, todavía nos ama nuestro Dios.

¿Y cómo nos ama!

Extraña locura, es cierto, pero verdad innegable.

Más que a Sí mismo.

¿No lo ves?

Ha sacrificado su inmensa majestad para que le comamos.

¿Quién le podía conocer en Belén?

¿Y quién le adivinaria en la Hostia Santa, si la Iglesia no nos dijera: ahí está?

M. DE STA. CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



(Conclusión de la anterior).

—¿Por qué recibáis, lectores míos, la Hoja parroquial, se habrá verificado ya la primera Comunión en esta fiesta, y con motivo de esta fiesta y la del Corpus, os voy a referir una cosa que os interesa y que es muy edificante.

Los tres primeros siglos de la Iglesia fueron de una inhumanidad y barbarie inconcebibles por parte de los Emperadores romanos contra los adoradores del verdadero Dios. No sólo las calles y plazas, ni tan sólo los calabozos eran testigos de la crueldad de los tiranos, sino muy especialmente el anfiteatro, el coliseo es en donde se reconcentraba y se exhibía el mayor furor contra los indefensos moradores de las Catacumbas. Pues bien; cuando fueron encerrados en una cárcel San Pancracio y sus compañeros, escogitaron los fieles varios modos de proporcionarles, en su encierro, el consuelo de la Sagrada Eucaristía, para que, infundiéndoles fortaleza, pudieran soportar sus suplicios, como acostumbraban hacer con todos los condenados al martirio. Pero esta empresa, hecha burlando la vigilancia de los paganos, estaba expuesta a muchos peligros. No podían hacerlo los sacerdotes y ministros del Altar, por estar siempre espiados, y debían confiar misión tan santa y tan delicada a personas que no despertasen sospechas.

El día en que debía conducirse la Sagrada Eucaristía a San Pancracio y compañeros hasta el lugar de su encierro, el sacerdote, en el altar, se volvió al pueblo para tratar de buscar una persona que se encargara de tan sublime como difícil misión, y, antes de que nadie tuviese tiempo de ofrecerse, se adelantó un joven, casi un niño, por nombre Tarsicio, y se acercó hasta el altar.

—Eres demasiado joven, le dijo el sacerdote.

Y él replicó:

—Padre mío, mi juventud será mi mayor protección; no me rehuséis este honor; y mientras decía esto, brillaban en sus ojos las más tiernas lágrimas y se dibujaba en sus mejillas el amor de un ángel.

El sacerdote, impresionado, no pudo resistir los encantos de aquel niño: tomó el Santísimo Sacramento, lo envolvió respetuosamente en un lienzo blanco, y al ponerlo en las manos del piadoso niño le dijo:

—“Piensa, hijo mío, que es un tesoro celestial el que te confío. Guárdalo con fidelidad”.

—“Antes que abandonarlo, daré mi vida”, respondió el joven; y abrazando sus manos y abrazando el inestimable tesoro, partió veloz a desempeñar su alta y arriesgada misión.

Caminaba Tarsicio con los ojos bajos, y se encontró una señora que quiso llevarle consigo para que par-

ticipase de una fiesta, y el santo niño le dijo:

—“Siento no poder acceder. Tengo precisión de cumplir un encargo muy importante”; y aunque la señora le instó, él prosiguió su camino.

Ya al salir de la ciudad, se encontró con muchos niños de su misma edad que jugaban juntos; los cuales también le invitan a sus juegos; pero inútilmente: no sirve que le rodeen y le hagan fuerza. El se escapa de sus manos y prosigue a lo largo de la vía *Appia*.

Al poco rato, les llamó la atención a algunos paganos ver a aquel niño tan angelical, porque los paganos eran y son enemigos irreconciliables de los discípulos del Salvador. Al ver que andaba tan ligero, con las manos sobre el pecho, dijeron unos a otros: “He aquí un joven cristiano que sin duda lleva reliquias de algún muerto...”

Al punto le detienen y exigen que confiese lo que lleva; y al no obtener ninguna respuesta, le entreabren el vestido y pretenden arracarle las manos del pecho.

¡Inútiles esfuerzos! Parece dotado de un poder y vigor sobrenatural para no dejar ver la Santa Hostia.

Furiosos ante una resistencia que no esperaban de Tarsicio, le amenazan con matarle si no descubre lo que lleva escondido. Entonces, aquel niño angelical, dirigiendo sus ojos al cielo y estrechando contra su corazón el Cuerpo adorable de Jesucristo, ofrece a Dios con generoso sacrificio su propia vida antes que entregar su tesoro al ultraje de los paganos.

A continuación, un terrible golpe y otro y otro, asestados sobre su cabeza, hacen que, indefenso, caiga en tierra bañado en sangre, pero teniendo siempre los brazos cruzados sobre su pecho.

Sobre él se arroja la multitud y veinte brazos se extienden y se esfuerzan para apoderarse del precioso tesoro, cuando aquellos asaltantes cobardes se vieron y sintieron repelidos por una mano férrea por lo poderosa; era un oficial cristiano, de alta talla y fuerza hercúlea, ante quien huyó apresuradamente la multitud.

Este oficial se llamaba Cuadrato, el cual se arrodilló, levantó cariñosamente al pobre niño, casi moribundo, y conternado le preguntó:

—“¿Sufres mucho, mi querido Tarsicio?”

—“No te cuides de mí, Cuadrato, respondió el niño; atiende solamente a los divinos misterios que llevo conmigo”.

Levantóle aquél con un respeto, como quien levantaba al mismo tiempo que a Tarsicio, víctima del furor pagano, al mismo Cristo presente en la Divina Eucaristía y que seguía oprimiendo Tarsicio contra su pecho.

El valiente Cuadrato, contento con la doble y dulce carga que conducía, sin que nadie se atreviera a detener-

le, llegó con presteza a los pies del sacerdote que había entregado a Tarsicio una hora antes aquel precioso depósito.

El ministro del Señor, al ver el estado lamentable en que llegaba Tarsicio prorrumpió en copioso llanto, causándole admiración la relación de todo lo ocurrido.

El niño Tarsicio, después, descansó en el Señor, siendo su muerte, por lo apacible y dichosa, parecida a la de un ángel, si los ángeles muriesen, y enterrado en las Catacumbas.

La Iglesia lo ha colocado en los altares, y en todo el mundo se conoce el nombre de San Tarsicio, habiéndose fundado, en algunas diócesis, la cofradía de los Tarsicios, o sea niños dedicados al culto eucarístico.

¡Qué hermoso sería establecer en las parroquias pequeñas, en donde no puedan establecerse la Adoración nocturna y otras, por falta de elementos, una hermandad de pequeños Tarsicios, para dar culto al Santísimo Sacramento y para que se acostumbren, desde pequeños, a mirar con fe y con amor a nuestro Dios, escondido bajo las especies sacramentales!

Piensen esto los padres; no perderían nada la fe, la familia, la sociedad, y ganarían mucho los padres, los hijos y los pueblos en la educación moral y religiosa. Creo sería la mejor obra social católica, junto con las “Hojas parroquiales”.

DE MI CALENDARIO

Hay cuatro cosas que suelen ser mayores de lo que nosotros nos figuramos: nuestros años, nuestras deudas, nuestros enemigos y nuestras faltas.

UNO DE TANTOS

De complexión es obeso; Mucha más carne que hueso, Y de entendimiento obtuso Como hay muchos al uso; Tiene en su temprana edad Sus ribetes de impiedad, Come bien, y sin disputa, Tiene pasión por la fruta, Y es raro que esta pasión Le inclina siempre al melón.

—Tú siempre has sido un buen andarín.

—¡Ya lo creo! Figúrate que un día anduve cuatro leguas en dos horas, para ir a dar una paliza a un enemigo mío...

—¿Y te volviste a pie?

—No, en una camilla.

Mariano Sebastián Izuel.